

GANADOR NACIONAL



CATALUÑA

Pau Martínez - Colegio Inmaculada Concepción

ALIENTO DE HIERRO

Me limito a pensar por qué respiro. No soy capaz de recordar cómo he acabado aquí, ni por qué, ni cómo. Soy un superviviente, eso es lo único que sé. La tenue niebla que acecha aquella ladera me desconcentra, me nubla la mente y mi cabeza solo me permite recordar que tengo que comer. Llevo más de cuatro días sin probar el sabor de la comida. Este pensamiento me despeja la mente. Normalmente solo pienso en imágenes de muertos y de proyectiles alcanzando suelo civil. Probablemente en el mundo normal estaría pasando el resto de mis días atado a una silla en un hospital psiquiátrico. Vuelvo a la consciencia. Posiblemente haya estado ocho horas inconsciente pensando en todo lo dicho. Los repetidos golpes y gases que he tenido que sufrir me han destruido la mente. ¿Por qué?, pienso, ¿por qué yo? No logro entender por qué he tenido que ser yo el único superviviente, y lo que es más frustrante, por qué no soy capaz de recurrir al suicidio. La única compañía que me queda es un chucho apestoso y gruñón que se dedica a morder, aullar y robarme comida. Por algún motivo que desconozco, ese chucho sarnoso se ha apropiado de mi mente. Dios, cómo lo odio. Aunque sea el encargado de despertarme a base de gruñidos y mordiscos, me hace falta. No descarto el pensamiento de dispararle, pero en el fondo soy incapaz.

Vivo para sufrir, muero para vivir. Esto es un resumen de mi vida, no aguanto más. Lo único bueno que tengo es lo que yo denomino el *estado 0*. Cuando estoy en este estado todo es mucho mejor. Siempre sueño lo mismo, pero lo disfruto como si fuese la primera vez. En ese mundo, estoy estirado en una cama con una decena de máquinas. A mi lado se encuentra una mujer de ojos castaños y piel morena. Aunque no la conozco de mucho, siento un fuerte vínculo con ella. Debí de ser alguien importante y querido en mi anterior vida. Nunca llegué a recordar más del momento en que un coche me arrolló. Cuando desperté, me encontraba en una casa oscura y abandonada, llena de bichos y de musgo. Estaba en medio de un bosque. Estaba asustado, solo, enfermo, con hambre. Me pasé días, semanas, meses, gritando ayuda. Nunca obtuve respuesta. Desde que ocurrió aquello no podía estarme quieto. Sabía que no moverse era sinónimo de morir de hambre.

Encontré un anillo de oro en la casa. Solo ponía dos palabras: “te queremos”. Aquello me trastocó la mente, como si no estuviera ya suficientemente loco... Cuando encontré a mi perro, en la chapa ponía “Mamá te quiere”. Nunca lo entendí.

Un aliento apestoso perturba mi nariz. Es mi perro. Está oliéndome. Joder, qué asqueroso es. Mi estómago ruge de hambre y enseguida me percató de que si no como moriré. Cojo mi rifle y voy al bosque a cazar algún conejo. De repente, mis ojos alcanzan a ver unas letras. Están talladas en un árbol. He explorado este bosque durante más de quince años, he pasado por delante de este árbol millones de veces, y puedo asegurar que esas letras no estaban antes. Pone “no dejes de luchar, cariño”. Me desmayo.

No sé dónde estoy, nunca había soñado esto. Es una carretera, con gente andando y conduciendo coches. Destaca un chico muy parecido a mí, pero con aspecto más joven. Está con una mujer de unos cuarenta años, seguramente su madre, paseando al perro sarnoso que yo conozco. Me limito a apreciar la imagen. De repente un coche gira una curva a toda velocidad y se dirige hacia ellos. El chico reacciona empujando a su madre hacia la acera con la consecuencia de que él y el perro son brutalmente atropellados. Yo he vivido esto antes. El chico soy yo de joven. La imagen de la camilla vuelve a mi mente. Es el chico con la mujer al lado. Logro entender que el mundo en que vivo es solo una imaginación de mi mente. Yo soy el chico. Estoy en coma. La mujer morena es mi madre. De repente, vuelvo a estar en el bosque. Mis pupilas dilatadas, el poder del saber, la adrenalina en mis venas... Salgo corriendo y salto por el acantilado. Ahora lo entiendo todo. Los mensajes, las imágenes... Solo soy un producto de mi imaginación. Nunca encuentro el suelo, el final del acantilado. Estoy muerto. Solo logro ver un cubo blanco en el que hay unas letras escritas: “Despierta”. Soy incapaz de leer. Estoy muerto.